

A la postrer mirada semejante
De un moribundo. En cuanto puso Perez
El pié en lo estrecho, los escombros salvan
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunque sí fulgurar sendos puñales
En sus manos. Osados le acometen
En gran silencio; mas con tanto arrojo
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,
O acaso más los gritos y las voces
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas
Un blanco bulto sale y aparece,
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio
A los dos asesinos arremete.

Estos, sobrecogidos, sin aliento
Huyen al punto, abandonando á Perez;
Como tal vez dos lobos que voraces
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,
Que de improviso llega y los sorprende.
El vencedor los sigue; pero pronto
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos
Alejarse á galope, envaina y vuelve
A la senda, donde halla al podenquero,
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y el susto,
A su libertador, al que le debe
La vida, reconoce. Era Mudarra
Que habiéndose alejado más que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,
Atravesando eriales, diligente
Se retiraba á su palacio, y pudo
Los gritos escuchar de Vasco Perez.

Indignó á toda Salas tal suceso;
Mas á los pocos dias acontece
Otro, que consternó los corazones
De cuantos interés por Lara tienen.

Acercóse á la puerta de la choza
De Elvida á prima tarde un penitente
Devoto peregrino. Allí en voz alta
Entonó varios cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido
Que calentarse en el hogar le dejen.
Compasiva la vieja le da entrada,
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte
Sobre recuerdos de los Laras mueve
La plática, y al cabo sobre el moro,
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza:
Que era Gonzalo aseguró mil veces,
Y empezó á lamentarse (que es su tema)
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,
Tanto dominio en su memoria ejerce
Que apenas guarda ya recuerdo alguno
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,
Afligida diciendo, que por verle
Recordarse con ella de los dias
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,
Y así lograra sosegada muerte.
El sagaz peregrino acalorando
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica
Y se clava el anzuelo, del carrete
Suelta todo el torzal, para que nade
Y trague más y más el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía:
De su afliccion mostrando conmovirse
Y querer reparar su desventura,
Así al cabo le dice: «Tal vez puede

»Remediarse el olvido en que el encanto,
Para con vos á ese mancebo tiene.
Yo mismo... pero no... no me es posible...
Cantidad corta traje, y tantas veces

»He dado en varias partes de limosna
Grandes porciones, y con fruto siempre,
Que no puedo dar más...»—«¡Qué! interrumpes
La nodriza, ¿remedio hallarse puede?

»¿Y vos?... ¿Vos lo teneis?»—«Sí, yo lo tengo,
Y eficaz, respondióle el penitente;
Pero no lo daré, que es gran reliquia:
Arena es del Jordan, cogida en viérnes

»Del sitio en que Jesus fué bautizado.
Polvos de alta virtud, que si los bebe
Un muerto, como Lázaro, al instante,
En robustez completa á vida vuelve.

»El encantado que á probarlos llega,
Se encuentra en libertad salvo, y no pierde
El poder que el encanto le prestaba,
Pues si era con buen fin, se aumenta y crece.»

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse
La desdichada Elvida, y con vehementes
Expresiones le pide alguna parte
De tan santa reliquia, porque quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce
El hombre se sostuvo, y muchas veces
Se la negó, logrando que otras tantas
La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,
De que segura esté que su Gonzalo
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta
Una escudilla con migada leche,
Diciendo se la tiene preparada
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,
Dentro de su zurrón la mano mete,
Y sacando una caja, en la escudilla
Gran cantidad de polvos blancos vierte;

Y encargando á la vieja que ninguno
Sino Gonzalo, coma aquella leche,
Oyendo que álguien se acercaba al chozo,
Se inmutó, despidióse y listo fuése.

Era quien se acercaba, el podenquero,
Cantando en alta voz, y muy alegre
Entró á anunciar á su contenta madre,
Que á verla, detrás de él, Mudarra viene.

Salió Elvida á la puerta de la choza
A esperar su llegada como siempre,
Y en tanto un galgo corredor, que acaso
Ha venido siguiendo á Vasco Perez,

Saltó sobre la mesa donde estaba
La escudilla, que al punto atisba y huele,
Y de dos tragantadas deposita
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja
La faz, y al ver deshechas de tal suerte
Sus esperanzas todas, lanza un grito,
Y va á ver si salvar aún algo puede;

Y mientras Vasco en carcajadas rompe,
Ella en el robador, que huye y se mete
Bajo del toscó lecho, furibunda,
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,
Como si algun poder ellas tuviesen,
Salir con ambos ojos hechos brasas
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un aullido doloroso;
Da tres rápidas vueltas, se estremece,
El pelo se le eriza, cae al suelo,
Revuélcase convulso, y gime, y muere,

Blanca espuma arrojando por la boca,
Con un palmo de lengua seca y verdé,
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado
Mudarra en aquel punto, y le suspende
Hallar en tanta confusion la choza,
El perro muerto, sollozando á Perez,

Consternada á la vieja. Les pregunta
De aquel desman la causa, y varias veces
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,
Sin callar circunstancia, le refiere,
Que quedó su inocencia acrisolada
Y su sana intencion; pues aún mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba
Del poder santo que los polvos tienen,
El reventar el animal con ellos
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando
Cuál su peligro ha sido: no se mete
En sacar de su error á la nodriza,
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran
Montes, valles y selvas, que se esfuerce
Por descubrir doquiera al peregrino,
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento
Al castillo de Salas se le lleven.
Obedecieron sin chistar: Mudarra
Abraza á Elvida; más de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo
La taza, que del polvo aún restos tiene,
Del podenquero acompañado parte,
Y á su palacio presuroso vuelve.

(33) «Prohijóle otrosi doña Sancha, su madrastra: la adopcion se hizo de esta manera, aunque grosera, pero memorable... Metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el rostro, con que le pasó á su familia, y recibió por su hijo. De esta costumbre salió el refran vulgar: *Entra por la manga y sale por el cabezon*. Dícese del que siendo recibido á trato familiar, cada día se ensancha más.» (MARIANA, lib. VIII, cap. IX.) Ambrosio de Morales dice, que la camisa la tenia puesta la madrastra, y que con ella puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y sacarle por el cabezon; cosa que no se comprende cómo puede ser.

Yo me he descartado de doña Sancha, por ser figura que no me hacia buen juego en el cuadro, y pongo á una hermana de Gustios Lara desempeñando la ceremonia de la adopcion.

Habló al punto con Zaide y con Salido,
Y aquel en los residuos de la leche
Descubrió un activísimo veneno,
Que rompe las entrañas de repente.

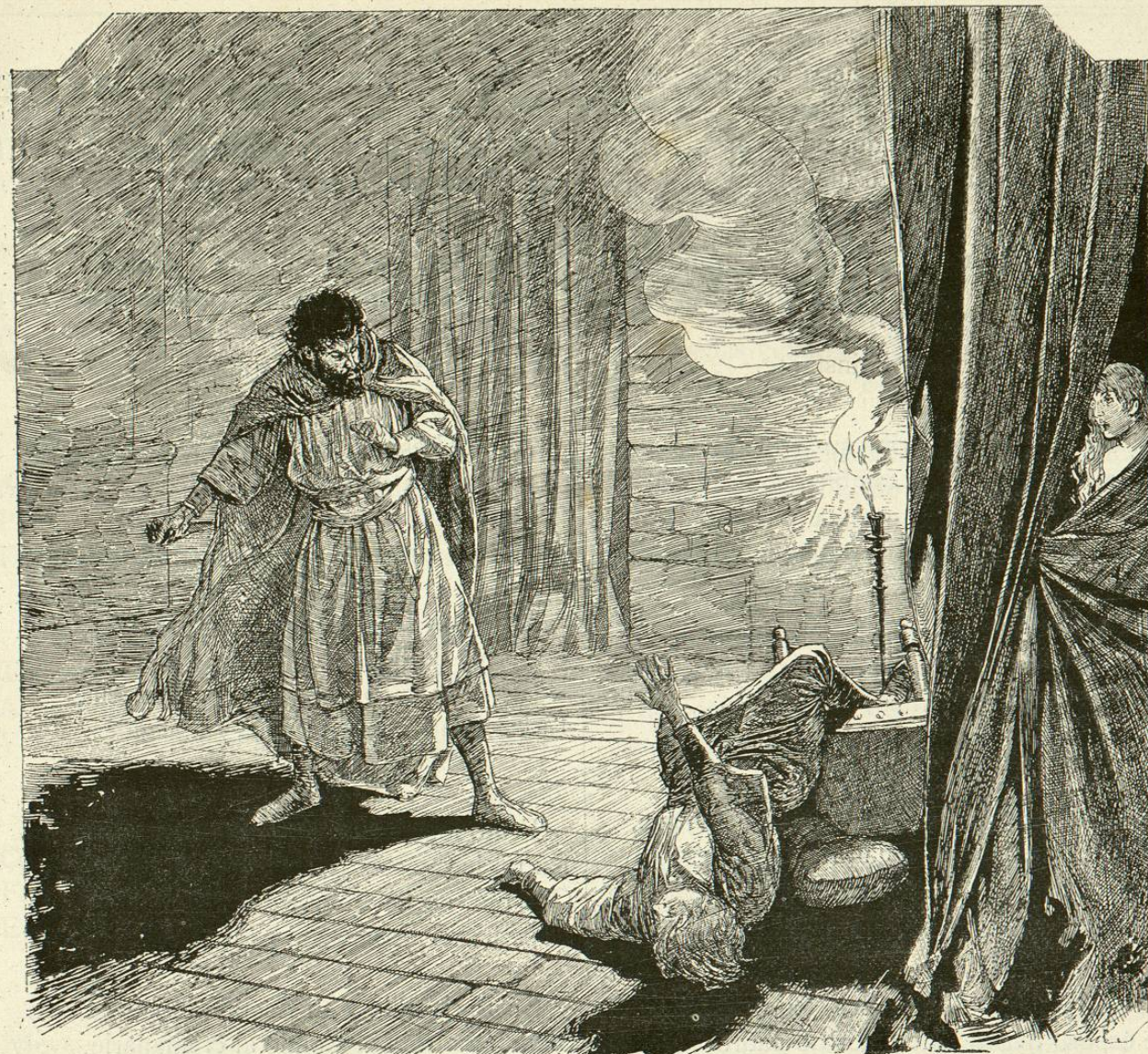
Los dos abrazan al garzon, y tiemblan:
Ocultar el suceso ambos resuelven
Al ciego padre, y con afan esperan
Que los monteros en la selva encuentren

Al envenenador. A media noche
Regresan estos, pero solos vienen:
No han encontrado á nadie en los contornos,
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,
En un caballo negro, diligente
Salió del bosque donde está la choza
De la nodriza, y hácia Burgos fuése

Como una exhalacion, atravesando
Campos y selvas. Las sospechas crecen
De Zaide y Nuño, y cautos determinan
Jamás de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta
De hombres armados le acompañe siempre
Los pocos días que tan sólo faltan,
Para que el plazo del combate llegue.



ROMANCE NOVENO

Catad que son diez vestiglos,
Non cosas del mundo non,
Contra quien fallescen lanzas
E no arremete el troton.

Romance antiguo.

Todo cuanto escucho y veo,
Son imágenes, son sombras
De mi desdicha.

Zamora.

De fortuna y poder en la alta cumbre
Veinte años ha que vive Rui-Velazquez:
Más que señor, hallando esclavo humilde
En el conde don Sancho, adquirió tales

Riquezas, importancia y poderío,
Mientras rigió su cetro, que la márgen
Traspasó de vasallo. Leyes fueron
Supremas sus caprichos, sin que osase

El valor, la virtud ó la nobleza
Cortar los vuelos á poder tan grande;
O imponer á ambicion tan peligrosa,
Si no barrera, moderado cauce.

Aunque lo maldijeran en secreto
Prelados, ricos-hombres y magnates,
De rodillas su gracia mendigando,
Le incensaban sumisos y cobardes;